

**El debate sobre lo que ha de ser la arquitectura moderna, la que configurará las ciudades del futuro próximo, está abierto. Opinan, además de los arquitectos, sociólogos, médicos, psicólogos y todos aquellos especialistas que de una u otra manera han de participar en este problema que preocupa justificadamente al hombre moderno. Hasta el momento no se ha dicho la última palabra; los pareceres de unos y otros coinciden sólo de una manera relativa. La polémica sigue a escala internacional, mientras nuestras ciudades crecen desordenadamente.**

Cualquier ciudadano, hasta el más lego, se ha lanzado a opinar sobre arquitectura. Es un tema palpitante de nuestro tiempo. Pero, al fin y a la postre, como en la Medicina y en tantas otras materias, todo lo que se sabe es del dominio de los profesionales, en este caso de los arquitectos.

Recientemente, la revista "L'Architecture d'Aujourd'hui" ha elegido los cinco talleres de arquitectura del mundo más importantes, a su juicio.

Junto a los equipos formados por Venturi y Rauch (americanos), Burton y Koralek (inglés y turco) figuran los nombres de Bossard (francés) y Safdie (norteamericano) y el de un solo arquitecto español: Antonio Fernández Alba, catedrático de Elementos de Composición en la Escuela de Madrid.

Se trata de un hombre de cuarenta y cuatro años que acaba de publicar un interesante libro: "La crisis de la arquitectura española (1939-1972)", calurosamente recibido por la crítica.

Al referirnos al planteamiento y situación de la arquitectura española hasta 1936, Fernández Alba comenta que la arquitectura que se realizaba anteriormente en España obedece sin lugar a dudas a otro tipo de alternativa. En parte, porque las demandas provenían de campos muy reducidos. El predominio del carácter compositivo, la calidad constructiva de su ejecución, la casi inexistente presión demográfica, la reducida cotización del suelo urbano como factor económico de especulación situaban, entre otras consideraciones, al objetivo arquitectónico en un terreno más neutral. El edificio público, la vivienda privada, no sufrían las deformaciones de los "operadores económicos" a los que hoy se encuentran sometidos los procesos arquitectónicos de nuestro tiempo.

Evidentemente, el carácter compositivo se apoyaba en unos códigos arquitectónicos de estructura eminentemente neoclásica o en sus alternativas eclécticas que permitían ofrecer un rigor en la configuración del edificio, en primer lugar. Después, en la ordenación de la calle; posteriormente, en la de la ciudad; el edificio controlaba su entorno y lo diseñaba; las plazas urbanas, los reductos de intimidad en la ciudad que aún hoy permanecen obedecen a estas leyes de servicio que la arquitectura había desarrollado desde el Renacimiento. En el fondo, durante esta época la ciudad respondía a la imagen de su sociedad, ordenada en sus intereses y equilibrada en sus demandas.

Este carácter de rigor en el diseño se continuaba en la calidad constructiva ejecutada por artesanos o profesionales que conocían el oficio: unos promotores que manejaban los factores de calidad como proceso del cambio económico. Así, la casa era más idónea, la calle más apta y la ciudad más a la escala del hombre. Un orden arquitectónico que se traducía en un respeto al espacio privado y público que ha de usar el ciudadano. La arquitectura, en sus términos generales, se entendía como un servicio de uso social, algo bastante diferente al trámite de especulación social a que hoy se encuentra sometida. La propiedad inmobiliaria durante esta época era fundamentalmente rentista. El edificio o la vivienda se concebía por la sociedad, unas veces como producto que habría de conservar como "valor en uso" y no como una simple mercancía que es el concepto actual. De aquí que la vivienda se conciba hoy como un producto a vender y que, por tanto, la calidad ya no tenga tanta importancia.

Distinguimos nosotros en la arquitectura tres épocas de clara diferenciación, desarrolladas durante la monarquía, la dictadura y la república. Sería muy interesante el estudio de las mismas.

—En relación a esos períodos que usted me menciona—afirma

el señor Fernández Alba—, indudablemente las arquitecturas de la monarquía, dictadura y república, aun dentro del acotado de su entorno y de sus caracte-

Fernández Alba nos hace observar algunos datos relacionados con esas tres épocas de la arquitectura española a que nos hemos referido: los programas de reconstrucción e inventario de los monumentos y de su demarcación, iniciándose el censo del patrimonio artístico todavía no superado ni concluido, así como algunos nombres que aún siguen siendo significativos, como Elías Tormo, Gómez Moreno, Torres Balbas. Los programas de dotación escolar, intentando buscar a los mejores arquitectos del país, la red de paradores, la construcción de estaciones de ferrocarril. Es justo reconocer que aun dentro de lo limitado de su gestión cierran un

emblemáticos. Parece que la segunda mitad del siglo veinte nos ha traído unos opuestos un tanto pesimistas; cultura del desperdicio, anonimato y frustración creadora. La miseria urbana que padecemos está reseñando una miseria social donde la neurosis y el crimen ambiental o condicionado delimitan a diario la frontera de lo que llamamos urbano. La contradicción entre la concentración urbana y la rural ha creado unos fenómenos de aglutinamiento y promiscuidad en las ciudades para los cuales la ciencia urbana aún no tiene respuestas idóneas.

La arquitectura refleja en su dialéctica ambiental los cambios

habilita: las condiciones de habitabilidad del hombre de hoy tienen derecho a ser reformadas porque las formas de vida, las relaciones de los hombres y su conducta han sido reformadas. O, si se prefiere, se han enunciado aquellos postulados que van a posibilitar su reforma. De aquí que una conducta tan anticuada para enfrentarse a los problemas como los que aún promueve el arquitecto o algunos de sus sectores más representativos no tenga vigencia alguna. Un panorama no definido de alternativas diversas se manifiesta hoy en el plano arquitectónico: arquitectura abierta, conceptual, introducción de las conquistas cibernéticas, nuevos materiales, constrúyase usted mismo, etc.

En relación con las características en que se desarrolla la arquitectura en la segunda mitad del siglo XX, es indudable que la "inteligencia técnica" que con tanta fruición manipula la ideología tecnocrática tendrá que ir dando paso a un proceso social de participación.

—Participar es tener una parte en algo, ser parte de algo, y en el proceso arquitectónico, como en el resto de las actividades sociales, se hace necesario este formar parte de algo y de una manera tan esencial como es la configuración de nuestro propio entorno.

La arquitectura moderna recurre ya a los ordenadores, y Fernández Alba nos dice que éstos son, sin duda alguna, instrumentos o herramientas que tienden a favorecer el trabajo en equipo, a enunciar de una forma más coherente y precisa la multiplicidad de problemas que se le presentan al diseñador, al arquitecto, al urbanista o al profesional que trabaja en la ordenación de los problemas urbanos; pero como todo instrumento que hace su aparición y que inaugura una época, se desorbitan en el campo de sus posibilidades.

—Como todo instrumento o herramienta elaborado por el hombre, los ordenadores deben estar a su servicio. En definitiva, son un instrumento producto de la compleja sociedad tecnológica en que vivimos.

En definitiva, nos preocupa saber adónde vamos y por qué cauces discurrirá la arquitectura en un futuro próximo. Fernández Alba responde que no podría decir si vamos o venimos, pues en las arquitecturas autóctonas o protoarquitecturas cada grupo social se fabrica con una gran autonomía el espacio donde debe habitar, reseñando con una gran destreza los procesos ideológicos, administrativos, técnicos y políticos que hoy tanto nos confunden.

—Estos grupos nos enseñan cómo el proceso ideológico debe preparar la toma de conciencia del problema, sus realidades y obstáculos. El proceso administrativo debe preparar los mecanismos de la acción colectiva, los modos de participación, orientación y, sobre todo, de compromiso. El proceso técnico define y acota las dificultades y limitaciones prácticas; el proceso político proporciona los cauces y medios para verificar los procesos anteriores. Como podrá observarse, analizando las formas de vida primitiva se pueden encontrar pautas que de alguna forma están señalando las fórmulas sin lugar a dudas más complejas que la alternativa a una forma de vida más libre nos puede proporcionar un medio tecnológicamente avanzado.

No podía faltar en esta rápida revisión de la arquitectura actual, con destino a las páginas de TRIBUNA MEDICA, el tratar del tema de neurosis y arquitectura.

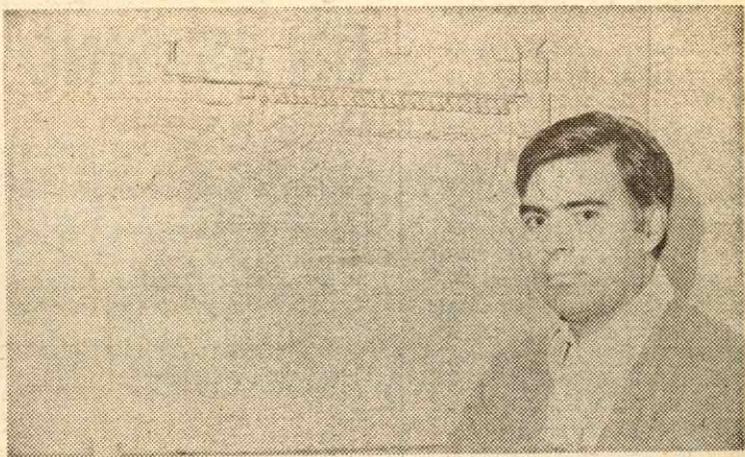
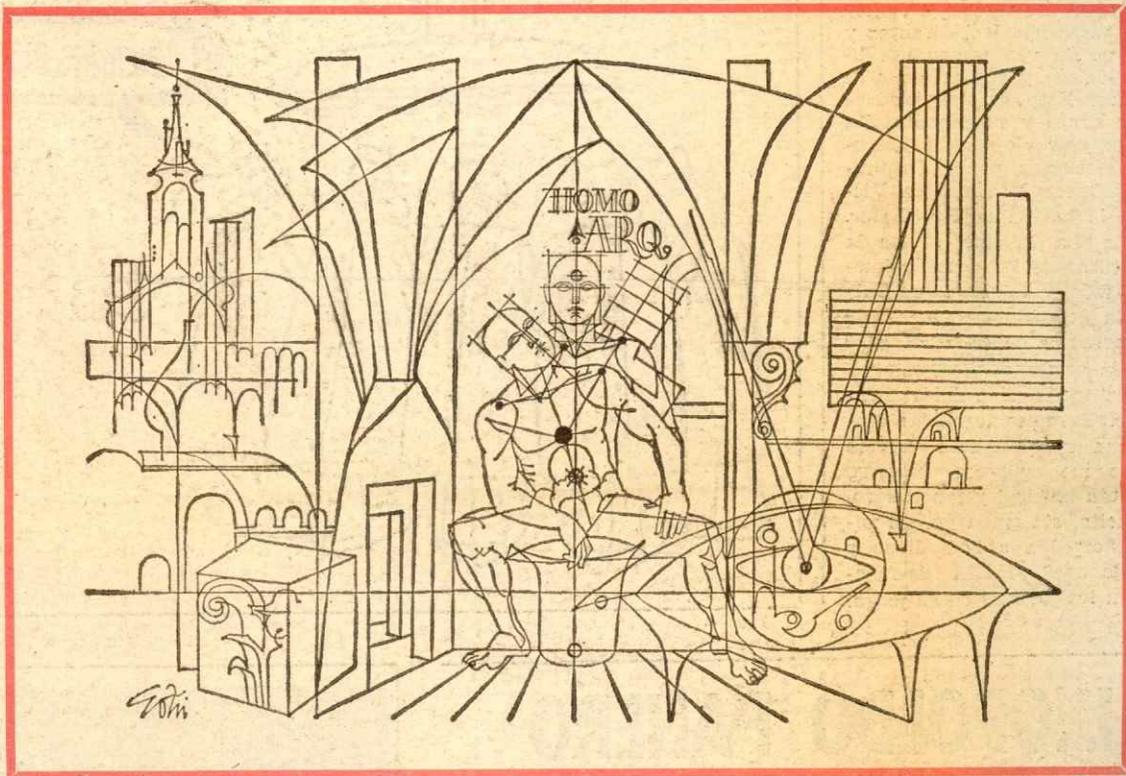
—La patología urbana que reseñan hoy nuestras ciudades está directamente ligada con la conflictiva forma de vida de nuestra estructura social. Indudablemente, la claustrofobia de los espacios urbanos y domésticos que nos ofrece nuestra vivienda y nuestra calle condiciona un tipo de comportamiento fundamentalmente neurótico, pero quizá sea ésta una de las lacras que ha de pagar la sociedad contemporánea hasta lograr un equilibrio en la nueva naturaleza técnica que ha instalado.

# HORIZONTE

# 72

# LA ARQUITECTURA

Por Marino GOMEZ-SANTOS



Fernández Alba

ísticas específicas, crearon unas imágenes arquitectónicas de indudable calidad en nuestro país, tanto en proyectos públicos como en edificaciones privadas que, al ser juzgadas hoy, nos presentan una arquitectura válida en sus propuestas formales como en sus construcciones o en la actitud ética de sus arquitectos. Hoy el proyecto (y por tanto el arquitecto que lo realiza) está sometido a idénticas leyes de mercado que las de la vivienda que realiza. Es decir: la especulación, la degradación y la falta de ética profesional son aspectos que se hacen patentes al analizar cualquier fragmento de nuestras ciudades de hoy.

período de sumo interés arquitectónico.

Al referirnos a las corrientes mundiales de la arquitectura moderna, Fernández Alba opina que la arquitectura como hecho social que conforma el estado físico y ambiental del hombre sigue, como es natural, los cambios que el medio social experimenta.

—Podría sintetizarle que estas corrientes mundiales que aparecieron a principios de siglo con unas prerrogativas muy específicas (higiene, igualdad y verdad) eran los postulados ambientales de la ideología arquitectónica que reseñaban los pioneros del movimiento moderno, o al menos eran los esquemas más

radicales efectuados durante este tiempo. El hombre siempre ha sabido vivir en el espacio y de forma admirable diseñarlo o construirlo. El economista de nuestro tiempo parece ignorarlo; basta observar la progresiva concentración que se realiza de las fuerzas productivas a todos los niveles: núcleos burocráticos, núcleos comerciales, zonas residenciales, etc.

—La integración del espacio es un factor básico para la teoría económica, y quizá sea esta consideración, a mi juicio, una de las mayores dificultades con las que se encuentra el arquitecto contemporáneo a la hora de proyectar un espacio donde actúan de forma tan dispersa y diversa los operadores económicos. Los productos que el arquitecto concibe están siempre al servicio de las clases que detentan el poder. Basta repasar las páginas de la historia para poder comprobarlo. Para ello se le pedía estar inmerso en la sensibilidad de cada época; a mi juicio, hoy el arquitecto está bastante alejado de la sensibilidad de su época y, por otra parte, su papel de protagonista único se ha roto. Los procesos ambientales necesitan de mayor número de técnicas, de integrar a mayor número de profesionales debido a las técnicas complejas de la sociedad industrial o pretecnológica que vivimos.

Concreta sus razonamientos con unas precisiones de carácter mo-